

NOMBRAR A TRUMBO

JUAN CARLOS GONZÁLEZ A.

Se conmemoran cuarenta años de su fallecimiento; una película sobre su vida fue nominada al premio Óscar y apareció en español la biografía que sobre él escribió Bruce Cook. Es hora de escribir sobre un hombre que escribía, es hora de nombrar a Dalton Trumbo.

¿Es usted o ha sido alguna vez miembro del Partido Comunista?

El guionista Dalton Trumbo se afilió al Partido Comunista norteamericano en 1943. “La gente se unió al partido comunista porque estaba haciendo algo. Era un instrumento efectivo, hacía cosas que ellos creían debían hacerse. Se oponía al surgimiento del fascismo en toda Europa. Ayudaba a los refugiados” (en el documental de Askin, 2007). En plena Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética estaban del mismo bando; además, era una época que aún arrastraba los profundos problemas sociales derivados de la Gran Depresión: desempleo, hambre y falta de oportunidades; el Partido Comunista de Estados Unidos, bajo la dirección de Earl Browder, suavizó sus posturas, cambió su nombre a Asociación Política Comunista y, para mediados de 1944 ya contaba con 80.000 miembros. Parecía ser la respuesta a muchas de las inquietudes sociales de los liberales del país. Muchos abrazaron este partido, esperanzados en encontrar respuestas ahí.

Trumbo jamás se arrepintió de haber sido miembro. Años después recordaba que:

En un mundo en el que había fascismo en Alemania y España e Italia, y en una era que culminó con una guerra que mató entre cincuenta y cien millones de personas y contempló las hogueras no solo de Hiroshima y Nagasaki sino también las de Auschwitz y Treblinka... En un mundo como ese y en un periodo como ese, no era una locura esperanzarse con la posibilidad de hacer un mundo mejor. Y eso, creo, es lo que buscaban la mayoría de los que se afiliaron (Cook, 2015: 213).

Pero después del fin de la guerra, la Unión Soviética pasó a ser la enemiga, y todo comunista empezó a ser visto como un posible espía de Moscú. El 5 de marzo de 1946, Winston Churchill prácticamente dio inicio a la Guerra Fría con el discurso

que pronunció en el Westminster College en Fulton, Missouri: “Desde Szczecin en el Báltico a Trieste en el Adriático, una cortina de hierro ha descendido a lo largo del continente”, dijo.

El gobierno de Estados Unidos, preocupado por una posible infiltración comunista, organizó una “cacería de brujas” a través del Comité de Actividades Antinorteamericanas del Congreso (HUAC por su nombre en inglés), en cabeza de J. Parnell Thomas. Hollywood era un blanco fácil y que le daba visibilidad a este propósito gubernamental. Además contaba como aliado con la Motion Picture Alliance, presidida por el director Sam Wood, un grupo de miembros de la industria del cine de radicales pensamientos de derecha, deseosos de purgarla de aquellos que pensaban diferente.

Trumbo y muchos otros fueron citados a declarar. En unas famosas audiencias que tuvieron lugar en Washington en octubre de 1947, organizadas por la HUAC, un grupo de testigos —acogiéndose a la primera enmienda de la Constitución de Estados Unidos— se negaron a responder una pregunta puntual: “¿Es usted o ha sido alguna vez miembro del Partido Comunista?”. Otros, sin embargo, no solo colaboraron sino que *named names*, o sea, delataron a antiguos compañeros del Partido Comunista.

El director John Huston recuerda ese difícil momento de la historia del que fue testigo directo:

Uno tras otro los acusados fueron interrogados. Daban su nombre y su dirección y luego usaban las preguntas como punto de partida para hacer declaraciones, nunca contestaban a las preguntas, sino que daban vueltas en torno a ellas. Luego venía la gran pregunta: “¿Pertenece usted, o ha pertenecido alguna vez, al Partido Comunista?”. No daban una respuesta directa. Parnell Thomas golpeaba con el mazo y el testigo alzaba la voz invariablemente. Parnell Thomas golpeaba más fuerte, y el testigo, generalmente, estaba gritando cuando se le condenaba

por desacato. Fueron condenados uno tras otro. Era un espectáculo lamentable (Huston, 1998: 180).

Huston lideraba el Comité para la Primera Enmienda, un grupo de estrellas, directores y productores de Hollywood que apoyaron a los acusados e hicieron presencia durante las audiencias.

En junio de 1949, la corte de apelaciones del distrito de Washington, dictaminando en los casos de desacato al Congreso por los que habían sido condenados a prisión los guionistas John Howard Lawson y Dalton Trumbo (decisión que ellos apelaron), consideró que: “Nadie puede dudar en estos tiempos caóticos que el destino de todas las naciones pende del hilo de la actual lucha ideológica entre las personas de pensamiento comunista y las de pensamiento democrático de este mundo” (Schatz, 1997: 313), para concluir más adelante que “es absurdo argumentar, como estos apelantes hacen, que las preguntas en las que se requiere que se revele si ellos han sido o no comunistas, no sean preguntas pertinentes” (313). En un ambiente tan absolutamente radicalizado como el que se advierte en esta jurisprudencia, era poco lo que había para hacer: el mundo se dividía en ese entonces entre comunistas y demócratas. Y los primeros eran peligrosos. Punto.

Lawson y Dalton Trumbo fueron enviados a prisión, así como otros cinco guionistas (Alvah Bessie, Lester Cole, Ring Lardner Jr., Albert Maltz y Samuel Ornitz), dos directores (Herbert Biberman, Edward Dmytryk) y un productor, Adrian Scott. Fueron diez. Los “10 de Hollywood”, los chivos expiatorios de esta cacería de comunistas. Pero eso no fue todo. La persecución tuvo una clara consecuencia: el 25 de noviembre de 1947, cincuenta altos ejecutivos del cine firmaron la “Declaración del Waldorf”, en la que, refiriéndose a los acusados por desacato, se afirmaba que “de forma inmediata, los despediremos o suspenderemos de empleo, sin compensación, y no volveremos a contratar a ninguno de los diez hasta que sean absueltos



o se retracten de su actitud de desacato y presten declaración bajo juramento de que no son comunistas”. Surgía entonces la lista negra y con ella el ostracismo laboral. La muerte en vida.

Profesión: escritor

Dalton Trumbo jamás pensó dedicarse a ser guionista. Lo suyo era la literatura seria. Así se lo explicó a su agente, Elsie McKeogh, justificando el primer pequeño contrato que firmó como guionista: “Quería tener un sitio en el que hibernar, a salvo del alboroto y la presión a la que el escritor de películas bien pagado sucumbe invariablemente. En una palabra, me interesa el cine como un subsidio temporal hasta que me establezca como escritor legítimo” (Cook, 2015: 129). Entre 1935 y 1940 publicó cuatro novelas: *Eclipse* en 1935; *Washington Jitters*, de 1936; *Johnny tomó su fusil* (*Johnny Got His Gun*) en 1939 y *The Remarkable Andrew* al año siguiente. Incluso relatos suyos aparecieron en el *Saturday Evening Post*. Pero pese al éxito de *Johnny tomó su fusil*, un brillante texto de abierto mensaje antibelicista que fue alabado casi de manera unánime, Dalton Trumbo no volvió a escribir novela alguna. Se había convertido en guionista. Y quería ser el mejor.

¿Por qué no continuó con su carrera como novelista? En la biografía suya que escribió Bruce Cook —y que apareció en español a finales de 2015—, este autor se atreve a aventurar una explicación:

Las consideraciones económicas jugaron un importante papel en ello, obviamente, pero las cosas no son tan sencillas como afirmar que un grosero amor al lujo convirtió a un prometedor novelista en un guionista inmensamente exitoso. Aquellos que puedan pensar así subestiman gravemente las satisfacciones, muy reales, que proporciona cultivar un oficio, saber que eres el mejor en un tipo de escritura con exigencias tan particulares que algunos de los mejores escritores y dramaturgos del siglo han fracasado estrepitosamente en ese campo (131).

•.....

A ese recurso tuvo que recurrir Dalton Trumbo para sobrevivir. Se fue al exilio en México con su familia y desde ahí escribió treinta guiones con seudónimos, con testaferros o simplemente sin recibir crédito alguno. Entre los que escribió en esa época están *Gun Crazy* (1950), *The Prowler* (1951), *La princesa que quería vivir* (Roman Holiday, 1953), *He Ran All the Way* (1951), *The Boss* (1956) y *El niño y el toro* (The Brave One, 1956).

•.....

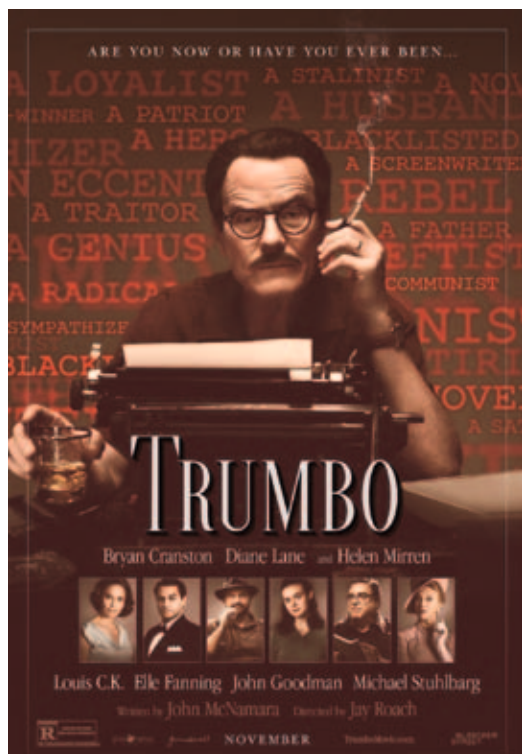


Aunque entre 1935 y 1941 le fueron acreditados veintiún guiones, sus inicios en el cine no fueron como escritor sino como lector de guiones en el Departamento de Historias de la Warner. En 1935 —ya con *Eclipse* publicada— lo contrataron como guionista joven para la sección de películas de serie B. Ahí hizo sus dos primeros guiones, los de *Road Gang* y *Love Begins at 20*, ambos convertidos en filmes en 1936. De ahí pasó a Columbia, donde hizo un par de películas; luego se iría para la MGM, pero fue despedido sin poder escribir nada. Le vendió a la Warner un guion, y fue llamado de la RKO —de esa época son *A Man to Remember* (1938), *Kitty Foyle* (1940), con la cual fue nominado al Óscar a guion adaptado, y *Tender Conrade* (1943)—, antes de volver, a finales de 1942, a la MGM, donde hizo *A Guy Named Joe* (1943), *Thirty Seconds Over Tokyo* (1944) y *Our Vines Have Tender Grapes* (1945). Era un guionista muy cotizado y mejor pagado. Pero esos serían sus últimos guiones antes de la lista negra.

¿Y después de ahí? ¿El vacío? No. La cárcel. Trumbo estuvo preso, pagando una pena de un año, en la penitenciaría de Ashland, Kentucky, entre junio de 1950 y abril de 1951. Le descontaron dos meses por buena conducta.

The Front

En *The Front* (1976) de Martin Ritt —traducida entre nosotros como *El testaferro* y en España como *La tapadera*—, Woody Allen interpreta a un cajero de un restaurante neoyorquino que en 1953 acepta servir como testaferro de un guionista de televisión amigo suyo que ha sido incluido en la lista negra, a cambio de un porcentaje de los honorarios. El negocio es un éxito y pronto está sirviendo de testaferro a varios guionistas... hasta que esto se le sale de las manos. Tanto el director Ritt como el guionista Walter Bernstein y los actores del filme, Zero Mostel, Herschel Bernardi y Lloyd Gough, estuvieron en realidad en la lista negra, en la segunda oleada de acusaciones y audiencias en los años cincuenta.



A ese recurso tuvo que recurrir Dalton Trumbo para sobrevivir. Se fue al exilio en México con su familia y desde ahí escribió treinta guiones con seudónimos, con testaferreros o simplemente sin recibir crédito alguno. Entre los que escribió en esa época están *Gun Crazy* (1950), *The Prowler* (1951), *La princesa que quería vivir* (*Roman Holiday*, 1953), *He Ran All the Way* (1951), *The Boss* (1956) y *El niño y el toro* (*The Brave One*, 1956). Lo paradójico y absurdo es que con *La princesa que quería vivir* y con *El niño y el toro* ganó el premio Óscar a mejor guion, sin poder tener la oportunidad de gritar a los cuatro vientos que esos premios eran suyos o de ir a la ceremonia a recogerlos. Solo en 1993 se le entregó un Óscar póstumo por *La princesa que quería vivir*, entregado a su viuda. El presidente de la Academia de Hollywood, Robert Rehme, expresó en esos momentos que “Durante su vida, nunca fue capaz de reclamar públicamente este honor. Pero tenemos la esperanza de que, aquí y ahora, un capítulo oscuro de la historia de Estados Unidos pueda empezar a cerrarse”. El Óscar por *El niño y el toro* se le entregó en 1975, un año antes de su muerte, cuando ya la lista negra había desaparecido.

Obviamente, no se desapareció sola. Las sospechas y rumores de que Trumbo era el verdadero autor de los guiones de *La princesa que quería vivir* y *El niño y el toro* hicieron carrera en Hollywood y sembraron la curiosidad en Otto Preminger y en Kirk Douglas, que desafiaron la censura y dieron crédito a Trumbo tanto en *Éxodo* (*Exodus*, 1960) como en *Espartaco* (*Spartacus*, 1960), esta última dirigida por Stanley Kubrick y protagonizada por Douglas. Trumbo pudo volver a respirar.

The End

El guionista Ring Lardner Jr., hablando públicamente en los funerales de Dalton Trumbo, que falleció el 10 de septiembre de 1976, expresó:

En raros intervalos, aparece entre nosotros una persona cuyas virtudes son tan manifiestas para todos, que tiene tal capacidad para relacionarse con todo ser humano, que subordina tanto su ego a las preocupaciones de los demás, que vive su vida en tal armonía con los estándares que prevalecen en la comunidad, que es respetado y amado por todos los que lo conocen. Dicho hombre, no era Dalton Trumbo. ■

Juan Carlos González (Colombia)

Médico especialista en microbiología clínica. Profesor titular de la Facultad de Medicina de la Universidad Pontificia Bolivariana. Columnista editorial de cine del periódico *El Tiempo*, crítico de cine de las revistas *Arcadia* y *Revista Universidad de Antioquia*, y del suplemento *Generación*. Actual editor de la revista *Kinetoscopio*. Autor de los libros *François Truffaut: una vida hecha cine* (Panamericana, 2005), *Elogio de lo imperfecto, el cine de Billy Wilder* (Universidad de Antioquia, 2008), *Grandes del cine* (Universidad de Antioquia, 2011) e *Imágenes escritas, obras maestras del cine* (EAFIT, 2014).

Referencias

- Askin, Peter (2007). *Trumbo y la lista negra* (documental). Declaraciones de Dalton Trumbo.
- Cook, Bruce (2015). *Trumbo*. Barcelona: Navona Editorial.
- Huston, John (1998). *Memorias*. Madrid: Espasa Calpe.
- Schatz, Tomas (1997). *Boom and Bust: American Cinema in the 1940s*. Berkeley: University of California Press.